

CONTEMPLANDO A MARÍA EN MIS INCERTIDUMBRES

AUTOR

**P. Carlos Padilla
Esteban, Sch.**

Pertenece al Instituto
Secular Padres de
Schoenstatt. Español.
Desde octubre del 2019
trabaja en el Santuario de
Schoenstatt de Monterrey,
en México, con familias
del Movimiento de
Schoenstatt. Escritor de
homilías dominicales y
varios libros en torno al
movimiento.

RESUMEN

Tantas incertidumbres en mi alma. Miedos y dudas. Ante el futuro, ante esta epidemia que ha roto *mis planes*, ante el miedo a perder lo que amo, lo que tengo. Camino en claroscuro en esta vida. No sé qué sucederá, no controlo mi vida, no veo más allá del paso de hoy. ¿Cuáles son las certezas que se han roto para mí? ¿Cuál es la certeza que permanece, que me sigue sosteniendo, que no pasa nunca suceda lo que suceda? ¿Cuál es mi miedo y mi incertidumbre principal? Miro a María, contemplo su vida, sus incertidumbres que la hacen tan cercana a mí, a lo que vivo en mi corazón. Ella también tenía preguntas en el alma respecto al futuro, respecto a su hijo y su misión. Recorro sus huellas en la tierra, su certeza en medio de las incertidumbres de un plan que no conocía en plenitud: la sombra del Altísimo la cubrirá en cada paso, cada día, cada noche, aunque no lo vea siempre, aunque haya silencio.

Su sí y su confianza de hija cambiaron la historia del hombre y la mía. Ella es mi ancla a Dios. Levanto hacia María mis ojos y mi corazón y le pido que me lleve al hogar donde siempre hay lugar para mí, donde soy esperado y amado, el corazón de Dios. Ese Dios que desde que se encarnó en su seno, me prometió caminar junto a mí cada día.

PALABRAS CLAVE

Incertidumbre. Miedo. Confianza. Certeza. María.

Tengo una bendita costumbre metida en el alma: Me gusta organizar la vida. Tengo ese deseo de controlarlo todo para que nada se escape de mis manos, de mis deseos. Quiero organizar lo que viene, pensar en el día de mañana, en la próxima semana. Todo calculado, todo medido, así la vida parece más segura. Incluso llego a aventurarme en años venideros, haciendo planes soñados, proyectándome, imaginando. Pienso en lo que me hará más feliz, en las decisiones que tendré que tomar cuando llegue el momento oportuno, en los pasos que habré de recorrer en caminos pensados ahora en el presente. Reconozco que me gustan más las certezas que las incertidumbres, para no sufrir tanto. En la película «Parásitos» decía el protagonista en un momento difícil de su vida: *«No deberíamos hacer planes. Porque así nunca salen mal. Y si las cosas se escapan al control no importa, porque no teníamos planes previos»*. A mí me gusta hacer planes. Me atan a la tierra. Me marcan un camino. Me dan seguridad. Pero veo que también me esclavizan. Vivir con planes me da calma, es cierto. Tengo un plan, pienso. Y un plan B por si falla el primero. Así vivo seguro y tranquilo. Me ato a las certezas. Pensar en vivir sin un plan me quita la paz. ¿Qué voy a hacer sin planes? Vivir sin querer controlar me deja expuesto a los avatares del destino, al azar. Sin

la posibilidad de elegir un camino alternativo cuando todo falle. Como si mi vida no estuviera en mis manos. ¿Es posible no hacer planes, no calcular los días que vienen, no pensar en el futuro queriendo organizarlo todo, no llenar mi agenda de compromisos para sentirme más seguro?

Me gustan las certezas. Tengo algunas certezas muy metidas en el alma. Estoy convencido de que mañana me voy a levantar con salud. Tengo la certeza de seguir poseyendo todo aquello que hoy forma parte de mi vida, todo en un perfecto orden. Tengo la certeza de creer que lo que poseo nadie me lo va a arrebatar nunca y va a permanecer siempre en mi poder. Este tipo de certezas no existen en realidad, por más que me empeñe en que así sea. Un día amanece detrás del otro y pienso que es seguro que volverá a amanecer al día siguiente. Pero ni siquiera eso es seguro pese a que nunca hasta ahora la noche ha derrotado al amanecer.

Me imagino certezas para poder vivir seguro en mi presente incierto. Me vuelvo conservador porque no quiero que cambien las circunstancias que hoy me dan alegría y tranquilidad. No quiero perder a un ser querido. No quiero perder mi posición económica. No quiero quedarme sin mi hogar, sin mi trabajo. No quiero que fracasen mis planes. Quizá por ese miedo pretendo que todo en mi vida sean certezas y seguridades. Deseo controlarlo todo. Pero ahora, cuando veo que nada de esto es posible y, todo a mi alrededor se vuelve incierto, ¿qué hago? ¿Qué hago ahora que un virus rompe mis planes, hace tambalear mis sueños, vacía mi agenda antes repleta de proyectos y me deja al descubierto, desnudo, sin esas seguridades que hasta ayer eran para mí evidentes? Me angustio, vivo con estrés, pierdo la paz. Sólo pensar que pueda perder mis certezas me llena de inquietud y se agita el mar de mi alma. Bloqueo a veces esos sentimientos que se asoman en días de horas bajas, porque pienso que no podré sobrellevarlos. Me encuentro sentado ante un futuro tan incierto ahora, tan lleno de ansiedades. Mañana no sé si seguiré viviendo tal como he vivido hasta ahora. La enfermedad es una amenaza constante. Surgen revueltas sociales. Se abre una profunda

grieta en esa tierra que creía firme. Estoy sumido en una crisis económica y de valores. Veo una cruel impunidad ante el mal. La justicia que espero de los hombres no parece tan justa. Temo perder lo que poseo en medio de aguas tan revueltas como las de ahora. Me da miedo perder la vida, la salud, la estabilidad económica, la fama, el prestigio. Al mismo tiempo no sé si mañana me seguirán amando o si yo seguiré amando a los que hoy amo. El amor no parece tan seguro. Y las promesas, ¡cuántas veces se incumplen! No lo tengo claro, no tengo muchas certezas en mi camino. No sé si mi vida durará un día o veinte años más. Este tipo de certezas no las poseo. Porque mi vida no la controlo del todo, por más que me empeñe. Y en estos días de miedo ante un contagio, ante la muerte, ante el dolor de los que amo, ante el futuro incierto, muchas de mis certezas se rompen.

Pero sí cuento con otras certezas que guardo en el alma y no pasarán suceda lo que suceda. ¿Cuáles son las certezas que permanecen en mi corazón? Pienso que la certeza que fundamenta mi vida es el amor de Dios. Lo he tocado. He percibido ese amor en mi historia sagrada muchas veces. En momentos de luz y de oscuridad. Cuando todo iba bien y cuando fracasaba. En esos momentos he notado su abrazo, sus palabras de ánimo. Es cierto que no cuento con la certeza de creer que mis planes saldrán adelante siempre. Pero sé que Jesús va a estar conmigo pase lo que pase en mi vida. Mi certeza es creer que hay un plan de amor escondido detrás de tanto odio y desamor aparentes.

Detrás de tanta violencia y rabia, de tanta desunión y mentira. De esta infección que hace tambalear al mundo entero. Todo lo que observo a mi alrededor me inquieta y surge el miedo. En medio de mi miedo mi certeza es pensar que mi vida aquí en la tierra no acabará convertida en cenizas, sino que se extenderá en un futuro eterno en el que todo será más pleno. Mi certeza es pensar que estoy de paso en este mundo, aunque me aferre con uñas y dientes a la vida presente que se me regala. Mi certeza es creer que todo lo que hago bien o mal será acogido por un Dios que me quiere con

locura en su misericordia. Mi certeza es saber que Jesús camina conmigo en cada paso que doy, cada día. Él recorre mi historia sagrada junto a mí, a mi lado y sé que irá a buscarme allí donde yo vaya. Sé que Él se acercará caminando sobre las aguas cuando mi barca se tambalee mecida por el viento de las circunstancias externas o por las tempestades de mi alma. Jesús no me dejará solo en medio de las aguas. Sus ojos no se apartarán de mí. Esa es mi roca sobre la que se asienta mi vida. Él es mi hogar y mis raíces, mi puerto al que volver. Mi certeza es su abrazo al final del camino, y en cada etapa. Aunque no vea. Aunque sea de noche. Mi certeza es pensar que cada vez que caiga podré volver a comenzar levantándome desde mis propias cenizas. Me faltan certezas para tener el control de mi vida. Pero son suficientes esas certezas que fundamentan mi día. Por eso hoy, cuando vivo tiempos tan inciertos a mi alrededor, me arrodillo confiado ante Dios y le entrego el timón de mi barca.

Me detengo a contemplar a María. Ella vivió las mismas certezas e incertidumbres que yo vivo ahora. Ella abrazó como niña su sí inmenso, imposible de sostener, al escuchar el deseo de Dios manifestado en labios del Ángel. María se detuvo inquieta al preguntarse cómo sería posible lo que Dios le pedía. Abrazó su hágase en su corazón de niña dejándose hacer por Dios en medio de muchas incertidumbres. María tenía una certeza muy grande. Sabía que la sombra del Altísimo la cubriría en medio de sus miedos e inquietudes. No hizo planes, simplemente aprendió a abandonarse en el plan de amor que aún desconocía. Paso a paso, día a día. Aprendió a vivir el presente amando y sintiéndose amada. Aprendió a abrazar la voluntad de Dios que se encarnaba cada día para cada día. Aprendió a no querer controlar sus pasos ni los de su Hijo. Aprendió a amanecer cada mañana sin querer retenerlo todo. Aprendió a soltar el timón de su barca cuando temía perder todo lo que poseía. Y aprendió a abrazar con cariño el amor en el instante presente, sin temer nada más. Aprendió a vivir las incertidumbres con paz, sin temer tanto el futuro. Aprendió a ahondar en su corazón de hija buscando la se-

guridad en un amor eterno que había venido a habitar en su seno. Aprendió a ser esclava y no dueña, sierva y no poseedora de la verdad. Aprendió a ser niña y no adulta segura de sus certezas. Aprendió a confiar en que detrás de cada noche vuelve siempre a amanecer el día. Y detrás de cada tormenta en medio del lago, vuelven la paz y la calma. Ella no hizo planes. Se abrió a los planes de ese Dios que prometía cubrirla con su sombra y no dejar nunca de cuidar sus pasos. Esa promesa sostendría su vida. ¿Con esa promesa basta para caminar confiado?

Creo que hace falta un milagro en mi corazón para ser capaz de vivir sin angustias y ansiedades, con paz muy dentro, cuando todo se tambalea en mi vida. Me cuesta aceptar los cambios de planes, esos planes trazados con esfuerzo. Me duele la incertidumbre de este tiempo que vivo. ¿Y si pierdo el control de mi propia vida? ¿Y si pierdo todo lo que hoy me da seguridad? A menudo las cosas van mal. Los planes que he trazado no resultan. Los sueños soñados en mi alma encuentran el silencio como respuesta. ¿Es posible seguir creyendo en un plan de amor de Dios para mi vida en medio de la incertidumbre y el desconcierto reinante? ¿Es más fuerte el amor que el odio? No lo parece. Es verdad que nadie me ha garantizado días de vida, ni éxitos en todas mis empresas. Y yo me empeño en hacer planes, en sujetar las riendas de mi futuro. Vana ilusión. Contemplo conmovido a María, turbada ante el Ángel. En silencio dice: «*Hágase en mí según tu palabra*». Y se deja hacer por esa mano de Dios que va a cuidar sus días.

María desconocía el futuro, los pasos que sucederían, igual que yo. No sabía cómo iba a dar a luz al Salvador. Ni cómo iba a cuidar sus pasos de niño. No sabía cómo iba a llegar la salvación. No conocía el poder de su propio Hijo, ni tampoco su impotencia. Desconocía el camino, la ruta a seguir. No sabía nada de cruces y coronas de espinas. Pero Ella, niña ante Dios, dijo que sí confiaba. ¿Y el miedo a perderlo todo? ¿El miedo a fallar y no estar a la altura? ¿El miedo a fracasar como Madre de Dios?

Me detengo ante María y la miro conmovido. Ella fue audaz, venció los miedos, se puso en camino. Lo primero que hizo tras el anuncio del Ángel fue ir a Ein Karém a visitar a su prima Isabel. Salió de su comodidad para servir a quien la requería. Se descentró por amor. Eso me ayuda cuando vivo con angustia temiendo perderlo todo, cerrado en mi carne. Cuando me pregunto: ¿Qué voy a hacer si pierdo a mis seres queridos, si pierdo la fama, mi carrera, mi camino, mi hogar, mis posesiones, mi tierra, mi seguridad? ¿Me paraliza el miedo a quedarme sin nada? María se puso en camino. Venció el miedo. Ese miedo tan humano que yo también sufro. Ese miedo que tantas veces me hace daño: «*El miedo es un gran embustero. Te hace ver la realidad peor de lo que es*»¹. Brota en medio de mi fragilidad el deseo de ser feliz y pleno. De llegar sano y salvo a la meta. De superar juntos esta epidemia y volver a mi vida de antes, o comenzar de nuevo con el corazón más grande. Pero ¿y si no lo consigo? Sé que la vida es muy corta. Y no conozco el futuro que me amenaza. La incertidumbre aprisiona mi alma. ¿Dónde descansan mi paz y mi esperanza? ¿Cómo puedo mantener la calma en medio de las olas que amenazan con hundir mi barca? Quiero vivir anclado en el cielo, en el corazón de Dios y el de María. Miro a María que siempre vivió anclada en Dios. Ella me sostiene en medio de mis dudas y temores para que siga poniéndome en camino. Para que no me esconda en mi cueva por miedo a perderlo todo. Sé que sólo estoy de paso en esta vida. Confío en el amor de Dios.

Contemplo a María. Miro la incertidumbre en el nacimiento de su hijo. La veo en el camino a Belén, embarazada, descansando en José, sin que nadie más que ellos sepa que Ella está habitada por Dios encarnado. ¡Cuánta complicidad entre José y María en esa senda desde Nazaret! Dios, que parece que ha confiado a José las riendas del camino, permanece callado. ¿Dónde está su sombra cubriendo su camino? José ama mucho a María, cree como Ella, pero también es humano y limitado. ¡Cuánta impotencia sentiría en ese

1 Marian Rojas Estapé, *Cómo hacer que te pasen cosas buenas*. Espasa, 2018. Pg. 90.

momento lleno de silencios! ¡Cuánta incertidumbre! Jesús en sus brazos de Madre en la cueva de Belén. Tan pequeño y necesitado. Un Dios escondido completamente, que no sabe hablar, ni caminar, que necesita de ella para vivir. Un Dios impotente que no da seguridad. Parece tan débil. Llega la huida a Egipto. Persiguen a su hijo. ¿Por qué? Se escapa de su control. De nuevo José toma a María, y Ella se fía de él. ¿Cuándo podrían volver? ¿Cómo es posible que su hijo corra peligro si Dios prometió que salvaría a su pueblo? María espera y cree junto a José en el exilio de Egipto, lejos de su hogar. Todo son incertidumbres. Se fía de José, de la palabra del Ángel que recibió en sueños: «*Toma a María*». María escuchó a Dios a través de José. A veces la incertidumbre se vence confiando en otra persona. María confió en José. Igual que José creyó en Ella tras la encarnación. Los dos vivieron la incertidumbre y la entrega a Dios en ese camino de huida, en el tiempo de exilio, y en la vuelta a su tierra en Nazaret. ¿En quién confío yo? ¿Quién es para mí instrumento de los susurros de Dios en medio de mis dudas?

Tras tantos caminos María vuelve con José y Jesús a Nazaret. Comienza la incertidumbre de la vida oculta. Mi horizonte en esta pandemia se reduce a mi hogar, incluso a mi habitación si estoy aislado por la cuarentena. Es mi vida oculta. Pienso en María, mirando a su hijo Jesús, en la vida rutinaria de su aldea, lejos de la vida pública. Sin que suceda nada especial, día tras día. Un niño normal, una vida familiar sencilla. De rutinas, de trabajo, de amor. Sin milagros, sin nuevas manifestaciones especiales del cielo. Sólo la alegría de vivir juntos. ¿Cuándo pasaría algo? ¿Y si lo que Dios les dijo sólo lo habían soñado?

A veces me pasa eso a mí. Recibo una intuición, algo que en un momento me toca el corazón, una luz que me deslumbra, y después, con el paso del tiempo, dudo de que fuera verdad. Pienso entonces que tal vez me lo inventé. La luz se apaga dentro de mí. Miro a María en ese tiempo de silencios. Ella crece en confianza en este tiempo oculto de Nazaret, cuando nada sucede a su alrededor. Nada especial en las calles de su pueblo, en su pozo, en los juegos y en las comidas familiares. Dios permanece oculto en

la tierra. Como ahora en este tiempo detenido, de espera, de quedarme en casa. María guarda la promesa en su corazón. Dios se manifestará algún día, piensa, cree, confía. No sabe cómo ni cuándo, pero cree. Vive el momento con intensidad y a la vez espera. A veces en mis días grises dejo de creer en la plenitud prometida por Dios. María no. Ella medita todo en su corazón. La admiro mucho en ese tiempo en que nada sucede. ¡Cuántas preguntas tendría! El dolor cuando Simeón en el templo le dijo que una espada atravesaría su alma. El desconcierto cuando Jesús se pierde en el templo y comienza a asomar el momento en que descubrirá quién es. Y luego más días en Nazaret sin que nada excepcional suceda mientras Jesús crece en sabiduría, sometido a ellos. ¿Le contaría sus miedos y dudas a su hijo? ¿Dejaría que Dios Padre le hablara al corazón y le fuera mostrando a Jesús quién es? María dejó paso a Dios, Él se encargaría. Se fío de Dios, junto a José. Esperaron hora tras hora, día tras día, dándole a Jesús lo mejor de sus almas, confiando en que un día se manifestaría lo prometido por el Ángel. Saben que Jesús no es de ellos, que le pertenece a Dios de forma entera, que su vocación va más allá de Nazaret. Detrás de una vida sencilla se esconde la promesa de Dios, y ellos creen y confían como niños. La vida de Jesús no está en sus manos humanas, sino en las de su Padre del cielo. ¡Cuánto amor en esos treinta años! Su confianza se hace fuerte, sin ver, sin tocar, sin saber. Cada día, María, mira a su hijo con ternura, dando gracias por poder vivir ese día juntos y entregando su futuro a ese Dios que los cubre con su sombra. Él desvelaría todo en su momento. Ella renueva su sí dado al Ángel en medio de días, meses y años sin que nada suceda.

Pienso que María desearía y temería al mismo tiempo ese instante en que la vida tranquila de Nazaret saltara en mil pedazos. Sabe que llegará un día en el que Ella no podrá ya protegerlo como cuando era pequeño. Entrega esa incertidumbre. Dios no le abandonará nunca. Jesús es su hijo amado. El timón de su vida está entregado. Llegan las bodas de Caná, donde María y Jesús están invitados. Siempre me impresionan las palabras de María tras

treinta años de silencio de Dios. «*Haced lo que Él os diga*». Tiene una luz en su alma antes de que Jesús la tenga. Sin que nada haya sucedido de extraordinario en tantos años. Todo comienza por la confianza de María. Ella no se ha olvidado de la promesa de Dios. En esa boda se levanta el velo de quién es Jesús y para qué ha venido al mundo. Y todo porque María cree. Jesús escucha a su Padre Dios a través de María. Ese milagro marca el inicio de su manifestación a los hombres. Jesús marcha a Cafarnaúm, dejando Nazaret, y María lo sigue por los caminos. Comienza la vida pública de su hijo, con otras incertidumbres para Ella. Jesús ya sabe quién es, dedica su vida a hacer el bien, a tocar a todos los heridos que se encuentra en el camino, a acercar a Dios a los hombres, a sanar corazones rotos, a abrazar a los alejados y a los que nadie quiere. Come con pecadores y publicanos, mira a cada hombre hasta el fondo del corazón, sin juzgar. Pero le persiguen y denuncian los que temen que cambien las cosas. Le persiguen y lo buscan queriendo su muerte los que se creen en posesión de la verdad. Lo acusan aquellos que no se abren al Dios de misericordia que vive en Jesús. Los que temen que Jesús les quite su poder. María teme por la vida de su hijo. Brota de nuevo el miedo. ¡Qué corto es ese tiempo de vida pública! ¡Cuánto bien puede hacer todavía su hijo! ¿Por qué tiene que morir? ¿Cómo es posible que todo se acabe en la cruz? ¡Con tantos hombres sedientos que lo necesitan! Dios de nuevo calla y me desconcierta. María, al pie de la cruz, sin saber tampoco lo que va a suceder después, se entrega a Dios junto a su hijo. Lo ama tanto y le duele tanto su muerte. Pero Ella es hija y confía. Cree que Dios va a cumplir su promesa. Con Jesús clavado en un madero, María entrega su alma. Juntos se entregan a Dios, el hijo y la madre. Y Ella sabe que no es el final. Ella es la única que guarda la luz en el alma mientras la tierra tiembla y se oscurece el cielo. Ha muerto a manos de hombres el Hijo de Dios y su Madre sigue creyendo y esperando, parece un sinsentido esa espera ciega. Ha escuchado las palabras de su hijo mientras caminaba por la tierra anunciando que resucitaría. Ha estado en la fracción del pan la noche anterior. Ha creído en ese amor para siempre de su hijo derramado en su sangre y partido en

su cuerpo. Su fe es fuerte, María, en medio de las incertidumbres, espera. Y vela los tres días frente a la tumba. Ella ya intuye que la resurrección y la vida vencerán. No sabe cómo, pero cree en esa sombra de Dios que cubriría siempre sus pasos. Nunca dudó. Su fe se mantuvo viva cada día de su vida, desde ese día del Ángel cuando era una niña. Dios tomó el timón de su vida que Ella le entregó para siempre Y Él todo lo hace bien. María sabe que su plan de amor se cumplirá con creces. Y así fue.

Miro a María en medio de las amenazas de mi propia vida. Sé que son muchas. Vivo en medio de incertidumbres constantes. Puedo perder todo lo que tengo. Ahora que el miedo ante lo desconocido por esta crisis mundial me llena el alma ¿Cómo puedo confiar? Puedo quedarme sin nada. El P. Kentenich escribe sobre el sí de María: *«En ese ‘esclava del Señor’ reside para ella la fuente de su alegría también en el más profundo sufrimiento. Por eso debemos esmerarnos siempre también en la educación a la alegría: ¡Educación a la alegría también en la dura persecución! Y a pesar de todos esos sufrimientos: —Estoy lleno de consuelo y sobreabundo de gozo en todas nuestras tribulaciones»*².

Es un don de Dios que pueda caminar seguro y alegre en medio de la incertidumbre. Un milagro aprender a vivir sin planes trazados, tranquilo, seguro como María, con la confianza puesta en Dios, en medio de la tribulación y la persecución, en medio de tantas dudas. En medio del confinamiento en mi hogar, sin poder salir, sin saber cuándo pasará. En medio de la enfermedad y del miedo a ella. En medio de la rutina cuando Dios se oculta y no veo su mano, ni su rostro. Puede ocurrir lo que más temo. Puedo llegar a perder lo que más amo. Pero mi corazón descansa sereno como el de María al pie de la cruz. No temo los posibles males futuros. Más bien confío en ese amor profundo de María que me sostiene hoy. La promesa de Dios resuena en mi alma con más fuerza. Soy el hijo amado del Padre. *Él me cubrirá con su sombra.* Me escondo en los pliegues del manto de María: *«¿No estoy yo aquí que*

2 J. Kentenich, *Las fuentes de la alegría*. Editorial Patris. Edición 2006. Pg. 157

soy tu Madre?», escucha S. Juan Diego a los pies de María en Guadalupe. Esa confianza en un amor más grande que vela por mí le da seguridad a mi vida. No estoy solo en medio de nubes oscuras. No camino solo por cumbres y cañadas. La vida se compone de caídas y nuevos comienzos. De fracasos y sonrisas. Y en medio de ese camino difícil y posible al mismo tiempo, sonrío porque tengo como certeza el amor de Dios. Sonrío porque no soy dueño de mi vida, de mis años, de mis planes, de mi fama. Sonrío porque no me he dado yo a mí mismo el valor que poseo, ni la vida. Sino que he sido creado para la vida eterna. La incertidumbre humana que padezco es fuerte. Las angustias de esta vida incierta me inquietan. Hoy comparto con todos los hombres de la tierra una crisis sanitaria que me vacía de programas y de planes trazados. Nada es seguro. Sólo una certeza sostiene mis pasos: Jesús ya ha vencido en la lucha entre el bien y el mal. Él ya ha vencido a la muerte y por eso me espera sonriendo al final de mi camino. Y en cada encrucijada, en cada paso. *¿Por qué no busco más arriba la seguridad de mi vida?* El P. Kentenich hablaba de la «*seguridad del péndulo*»: «*¿Dónde hallará su punto de reposo este hombre de hoy que experimenta tan hondamente su condición humana? (...) Quizás pensemos que el apoyo adecuado a nuestra naturaleza debe ser algo así como esta mesa que descansa sobre sus cuatro patas. Pero no es así; si el hombre es un ser pendular y oscilante, su apoyo y seguridad connaturales estarán allá arriba, en la mano de Dios Padre*»³.

Busco la seguridad en la tierra y cuando falla me angustio, me turbo, temo. Quiero mirar más arriba, hacia lo más alto. Hoy me detengo ante María. Pongo mi confianza en el corazón de Dios, como hizo Ella. Supero el miedo a lo que no controlo, a lo desconocido. Lo logro *sólo cuando* dejo todo en las manos de ese Dios que me conduce y me abandono. No hago planes, no deseo tener el control de todo, pero no dejo de luchar, de construir, de edificar, en cada momento que me toca vivir. No pierdo la ilusión por el futuro,

3 J. Kentenich, *Niños ante Dios*. Editorial Patris, 1994. Pg. 101-102

quiero ser valiente y positivo. Dios sabe lo que va a sacar de toda mi entrega en mi presente. No me da miedo perder la vida amando, sembrando, cavando, vinculándome, sirviendo. Sólo Dios sabe lo que me espera mañana, o al día siguiente. Lo mío es vivir el hoy confiado, sin miedo. Y sabiendo que todo lo que vivo merece la pena. Quiero aprender a caminar seguro en las manos de María.

La actitud que necesito cultivar es la de los niños. La llamada infancia espiritual. Cuando miro a los niños y su actitud ante la vida brota la envidia en mi alma. Incluso en este tiempo de coronavirus ellos llenan con su amor a la vida el hogar familiar. ¿En qué momento del camino perdí yo la inocencia y la confianza que ellos tienen? Los miro abrazados a su madre, a su padre. Los veo confiados, con ojos grandes, abiertos a la vida que les rodea. No hacen planes y siempre preguntan: «¿Qué hacemos ahora?». Les gusta lo nuevo. Todo lo miran y todo les sorprende. Y ellos confían. Quiero volver a ser niño recuperando la inocencia perdida y dejando mis resistencias de adulto. El camino que diseñó el P. Kentenich con su vida pasa por despojarme de todas mis rigideces para atarme al corazón de María: *«Lo que en todos esos años me permitió conservar la fe fue un amor profundo y sencillo a María»*⁴.

El niño confía y mira con pureza de corazón, con sencillez de alma. Cree en el padre que lo cuida y acompaña. No teme las incertidumbres de la vida. En medio de las dificultades del camino no duda, siempre confía. No se turba ante los problemas, sonríe tranquilo. Nada puede pasarle, está su padre ahí, está su madre, todo es seguro. Me gustaría volver al corazón de Dios como un niño y allí depositar todos mis miedos. Descansar en los brazos de María y confiar en su poder en medio de las tormentas. En mi barca, zarandeada por las olas, María me sostiene dándome esperanza. ¡Cuánto mal producen en mi alma el temor y la desconfianza! No quiero vivir angustiado por mis miedos presentes. ¿Cómo puedo hacerlo? Es necesario volver a nacer. Ten-

4 Dorothea M. Schlickmann, *Los años ocultos*. Editorial Schönstatt-Nazaret, 2008. Pg 229.

go que hacerme niño de nuevo. Niño en manos de María. Quiero aprender a mirar la vida con ojos nuevos, ojos grandes, inocentes. Esa actitud de confianza en Dios es la que me permite arraigarme en el mundo sobrenatural. Él va a venir cada día de mi vida, no me va a dejar solo ningún día. Él ha puesto con inmensa ternura personas en mi camino para que aprenda a confiar. Mi familia, mis amigos, alguna persona especialmente cercana. En todos ellos se esconde una promesa de plenitud, una ventana abierta al cielo. Quiero aprender a vivir confiado aunque no controle ni sepa todo. Aunque tiemble junto a todos los hombres por esta situación nueva y desconocida de infección, donde se ha parado todo lo que antes funcionaba. Quiero vivir profundamente unido a María. Eso me permite descansar en medio de todos mis miedos. Todo es posible si vivo como un niño descansando en sus manos de Madre.